

Los siglos y la historia nos muestran a Jesucristo

Homilía, 19 de abril de 1970

Segundo domingo de Pascua

Al atardecer de ese mismo día, el primero de la semana, estando cerradas las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, por temor a los judíos, llegó Jesús y poniéndose en medio de ellos, les dijo: "¡La paz esté con ustedes!". Mientras decía esto, les mostró sus manos y su costado. Los discípulos se llenaron de alegría cuando vieron al Señor. Jesús les dijo de nuevo: "¡La paz esté con ustedes! Como el Padre me envió a mí, yo también los envío a ustedes".

Al decirles esto, sopló sobre ellos y añadió: "Reciban el Espíritu Santo. Los pecados serán perdonados a los que ustedes se los perdonen, y serán retenidos a los que ustedes se los retengan".

Tomás, uno de los Doce, de sobrenombre el Mellizo, no estaba con ellos cuando llegó Jesús. Los otros discípulos le dijeron: "¡Hemos visto al Señor!". Él les respondió: "Si no veo la marca de los clavos en sus manos, si no pongo el dedo en el lugar de los clavos y la mano en su costado, no lo creeré". Ocho días más tarde, estaban de nuevo los discípulos reunidos en la casa, y estaba con ellos Tomás. Entonces apareció Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio de ellos y les dijo: "¡La paz esté con ustedes!". Luego dijo a Tomás: "Trae aquí tu dedo: aquí están mis manos. Acerca tu mano: Métela en mi costado. En adelante no seas incrédulo, sino hombre de fe". Tomás respondió: "¡Señor mío y Dios mío!". Jesús le dijo: "Ahora crees, porque me has visto. ¡Felices los que creen sin haber visto!".

Jesús realizó además muchos otros signos en presencia de sus dis-

...cípulos, que no se encuentran relatados en este Libro. Estos han sido escritos para que ustedes crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y creyendo, tengan Vida en su Nombre¹.

Lo encontramos a Jesucristo cuando se aparece dos veces, en el término de ocho días, a los apóstoles reunidos en el Cenáculo, donde están, como sabemos, por miedo, por temor a la persecución de los judíos.

Ante esta primera aparición quedan maravillados al verlo e inmediatamente creen. No tienen ninguna duda de que quien está allí, y les muestra sus manos, es realmente Jesús.

En ese anochecer, nos relata Juan, ocurre que entre los discípulos no está Tomás. Cuando llega, todos le dicen: *Hemos visto al Señor*. Y le cuentan lo ocurrido, cómo Jesús se presentó ante ellos. Esto se agrega a las versiones precedentes de algunas mujeres y de los discípulos de Emaús que, contaron cómo *lo reconocieron al partir el pan²*. A pesar de tantas evidencias y de la evidencia de todo el colegio apostólico, Tomás dice: *Si no veo la marca de los clavos en sus manos, si no pongo el dedo en el lugar de los clavos y la mano en su costado, no lo creeré*.

Y Jesucristo, bondadosamente, no sólo por Tomás sino también por nosotros —como la Tradición de la Iglesia lo interpreta luego—, por los que a través del tiem-

¹ Jn 20, 19-31

² cfr Lc 24, 31

po y del espacio leeríamos estos textos, el Señor aparece y lo invita a Tomás a cumplir su deseo de comprobar directamente: Jesús le presenta sus manos para que pueda tocar las llagas y le acerca su costado para que pueda introducir, si quiere, su mano.

Algún comentarista dirá que la de Tomás fue una feliz incredulidad, porque nos permite –además de con la evidencia visual de los discípulos, con la de Tomás metiendo sus dedos en las llagas de las manos y tocando con su mano el costado de Jesucristo– no tener ninguna duda.

Pero, de esto, surgen también las palabras del Señor: *¡Felices los que creen sin haber visto!*

¿Por qué? Porque el camino normal por el cual la inmensa mayoría de los hombres, a través del tiempo y del espacio llegamos a Jesucristo, no es el de la evidencia de los sentidos.

El verlo a Jesús con los propios ojos, el tocarlo con las propias manos fue privilegio de aquel pequeño grupo de contemporáneos, conciudadanos y seguidores inmediatos del Señor, a los cuales Jesucristo, en su realidad física de cuerpo espiritualizado, se les presentó en esos días. Pero los miles de millones de cristianos de todos los tiempos, no íbamos a tener esa oportunidad.

Ellos y nosotros creemos por testimonio, es decir, por trasmisión verídica de aquellos que Jesucristo puso en su reemplazo y en su lugar, para que cumplierán la misión de hacernos llegar la verdad de su Resurrección.

Creemos a los apóstoles y a sus sucesores quienes, sobre esta base de la verdad de la Resurrección, nos comunican la verdad sobre la Persona de Jesús, la verdad sobre la Iglesia, la verdad de la doctrina, de los sacramentos, de los consejos y de los mandatos del Señor.

Todo lo nuestro se basa en el testimonio veraz de estos hombres, apoyado permanentemente, como en tiempos de Jesús, por los milagros que son los signos definitivos de la acción de Dios.

Los discípulos están encerrados y Jesucristo aparece e irrumpe con su cuerpo, a través de las paredes, a través de las puertas, a pesar de los cerrojos. Entra. No es un fantasma. Come. Se deja tocar. Y se rinden ante la evidencia de que Jesucristo Nuestro Señor realmente está apoyado por el poder de Dios, en su Resurrección que están viendo; se les hace claro su poder divino, lo que había afirmado sobre el origen de su Persona; sobre su misión de Redentor de los hombres; y sobre la Iglesia, los Sacramentos, sobre toda la Revelación respecto de Dios Trino; y respecto de los hombres: de su filiación divina y del camino para conseguir la vida eterna.

Todas esas enseñanzas se apoyan en los milagros con los cuales Jesucristo les muestra claramente su realidad de Hijo de Dios.

En algunos textos a veces se traduce “signos” en lugar de “milagros”. Cuando Jesucristo hace un milagro es para mostrar que Dios está detrás de ese hecho extraordinario, por lo tanto para hablar a la inteligencia y para

llegar a los corazones y a las voluntades.

Es evidente que el milagro de Jesucristo tiene la intención de ser un signo inteligente que toque la inteligencia, el corazón y la voluntad de los hombres, pero no es un signo puramente convencional, no es un signo separado de la realidad, sólo con cierta elocuencia, o con cierta capacidad de expresar porque así lo convenimos.

Los milagros son signos que tienen ese poder de significar, porque primero tienen el poder real de ser hechos extraordinarios que están fuera de la ley normal de la naturaleza. Por lo tanto, hablan del dueño de la naturaleza, o de alguien a quien ese dueño le da poder para trabajar sobre ella y suspender sus leyes.

Está bien que en los milagros veamos su capacidad de hablar a nuestra inteligencia; están apoyados en la doctrina y la Persona del Hijo de Dios. Pero no creamos que los milagros son sólo palabras que transmiten algo por pura convención, de tal manera que podamos libremente cambiarla o no aceptarla.

El milagro nos habla de Jesucristo Dios, que se hace presente detrás de ese hecho, de un modo indudable, y no hay más remedio que abrir la inteligencia, aceptar la presencia divina y lo que Dios quiere decirnos, a través de esas circunstancias o palabras.

A través del tiempo y del espacio, Jesús mantiene siempre este criterio de mostrar con hechos extraordinarios que la Iglesia es su continuadora y por lo tanto tiene per-

manentemente el aval de Dios.

El desarrollo del cristianismo en los primeros siglos es algo tan maravilloso que constituye un argumento fundamental de la apologética de los primeros tiempos. Como el célebre dilema de San Agustín: El cristianismo se expandió por todo el imperio romano dominador: fue con milagros o sin ellos; si se extendió con milagros, es evidente que Dios estaba detrás y que el cristianismo es divino; si se extendió sin milagros, a pesar de oponerse a las tendencias malas de la naturaleza del hombre, a pesar de su rigor, a pesar de que no halagaba e iba contra la cosmovisión y los hábitos de los hombres del Imperio Romano; si, en esas circunstancias se impuso como lo hizo sin milagros, ése es el más grande “milagro”: el que doce pescadores, sin el poder del dinero, que no lo tenían; sin el poder del Estado, que los perseguía; sin el poder de la cultura que, en manos de Grecia y Alejandría, los contrariaba; sin esos medios naturales, el Cristianismo se impuso y se impuso a las pasiones de los hombres. Es un signo clarísimo de la gracia divina que apoya al cristianismo. Eso, diríamos hoy, es un “milagro” histórico, psicológico y sociológico.

Así, nuestra fe, como la de los apóstoles, se sostiene por la presencia ordinaria y también por la extraordinaria de Dios –a través de los años, a través de los siglos, a través del mundo– avalando siempre su verdad.

Por eso, tenemos la garantía absoluta de que la Iglesia realizará su misión hasta el fin de los tiempos.

Tenemos veinte siglos de evidencia y creer nos resulta

más fácil que a los apóstoles, aunque ellos lo estaban viendo a Jesucristo.

Tienen la visión del Señor Resucitado pero detrás tienen, también, la visión candente de Jesucristo en la cruz, y antes en Getsemaní, de Jesucristo lleno de oprobios y de todo aquello que los ha conmovido. El gozo de la Resurrección no les quita, de golpe, el dolor y la decepción de los malos momentos de la Pasión.

Nosotros, en cambio, si miramos para atrás, sentimos los veinte siglos de la historia de la Iglesia como siglos que inciden inmediatamente sobre nuestro espíritu. Podemos tener en nuestra conciencia, la conciencia de la humanidad; en nuestra memoria, la memoria de la historia; en nuestros sentimientos y emociones lo que el mundo padeció y sintió en veinte siglos; pero sobre todo tenemos el alma mucho más segura, más sosegada, más tranquila, porque por la fe vemos la mano de Dios en el pasado y detrás de lo que sucede contemporáneamente.

Los siglos y la historia nos muestran a Jesucristo, detrás de la Iglesia, actuando con su fuerza omnipotente y su sabiduría omnisciente, propias de Dios.

Entonces también nosotros, en esta Pascua digámosle a Jesucristo nuestro agradecimiento más profundo por la fe que nos ha dado y que nos da, por sostenerla en argumentos siempre apoyados en el poder de Dios, por la confianza y por el amor que Él mismo pone en nuestros corazones.